



Tiempos violentos

Django de Quentin Tarantino

Llamil Mena Brito



LA VIOLENCIA ES UNA CONDICIÓN FUNDACIONAL de la identidad norteamericana. Con esta sentencia, Michael Moore, aún con la sangre hirviendo tras la masacre en Newton, intentó hallar una nueva y contundente respuesta, ajena a la necesaria regulación de las armas en su país, y esta prescripción histórica se convirtió en la vista íntima de un hombre de cine que ha repasado las entrañas de la violencia y la voracidad contemporáneas en Norteamérica.

Este principio ha sido revitalizado por otro director, Quentin Tarantino, quien desde su nueva fascinación por el cine de corte histórico, agrega

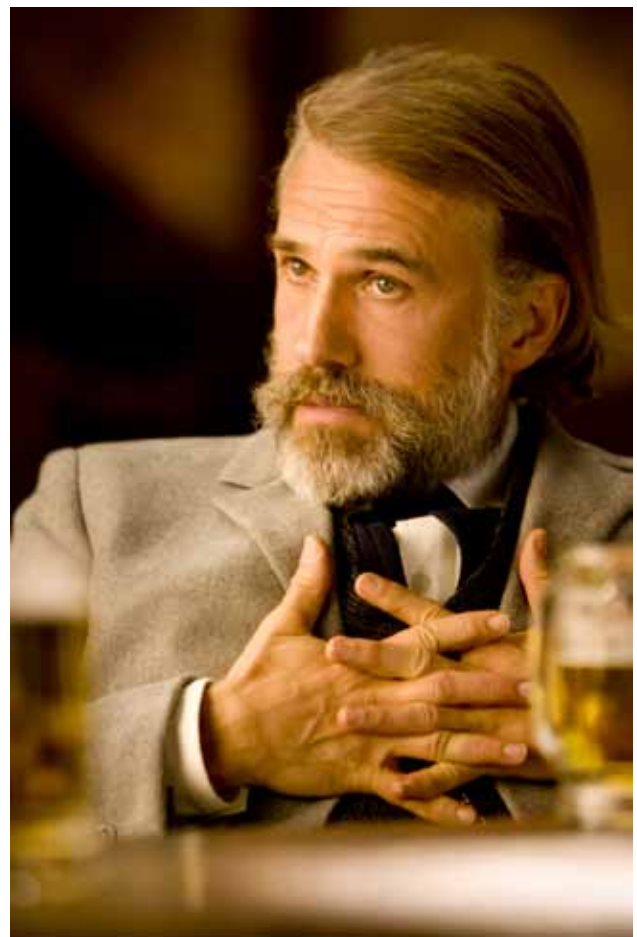
una variable a la fórmula de violencia y venganza que ha permanecido inalterada en su filmografía: el racismo. A este respecto, fuera de las condiciones mismas de la película, Tarantino no le debe una disculpa a nadie, mucho menos en tiempos de Barack Obama. *Django unchained* puede parecer otra revisitación histórica del director a un género en el que puede demostrar su pericia y cinismo característicos, aquí el western y el contexto racista, pero por primer vez, Tarantino ha recompuesto su obra previa y en el proceso ha sacado provecho del momento histórico que lo cobija.

Inglorious basterds fue el experimento que acercó a Tarantino con la ficción histórica. Una obra que por su insistente uso de *gags*, su renuencia fáctica y su intrincada historia sobre una pomposa venganza judía contra los nazis, no logró superar la predecible comicidad e irreverencia clásica del cine del director. La diferencia entre *Django* y los *Bastardos* se encuentra en la distancia que el propio cineasta tomó con su zona de confort y la forma en que logró construir una tensión ascendente hasta resolver el nudo de la narrativa de su nuevo filme. Pues habrá que hablar de la confección que ha conseguido una de las escenas más racistas de la historia del cine. Esto, fuera de falsos juicios morales, debe ser reconocido como uno de los momentos más vitales que desde Hollywood se ha aportado en los últimos años al cine.

Durante 165 minutos, Django (Jamie Foxx), un esclavo recientemente liberado, acompaña al doctor alemán King Schultz (Christoph Waltz), un cazador de recompensas, a través de una odisea donde juntos persiguen y baten a criminales cuya vida sirve como botín. *Django unchained* es pues una historia donde, en su contexto histórico, la vida de los esclavos y criminales constituye un lucrativo negocio. Esto, a la par de la eventual venganza que el nuevo hombre libre emprende en contra de todo aquel que representa un

lastre en su pasado y en su futuro, al lado de la esposa que intenta rescatar. Esclavitud, venganza y negocios, un tríada de instancias que a lo largo de la historia varían y aumentan sus connotaciones a la par de la violencia y sus formas de representación.

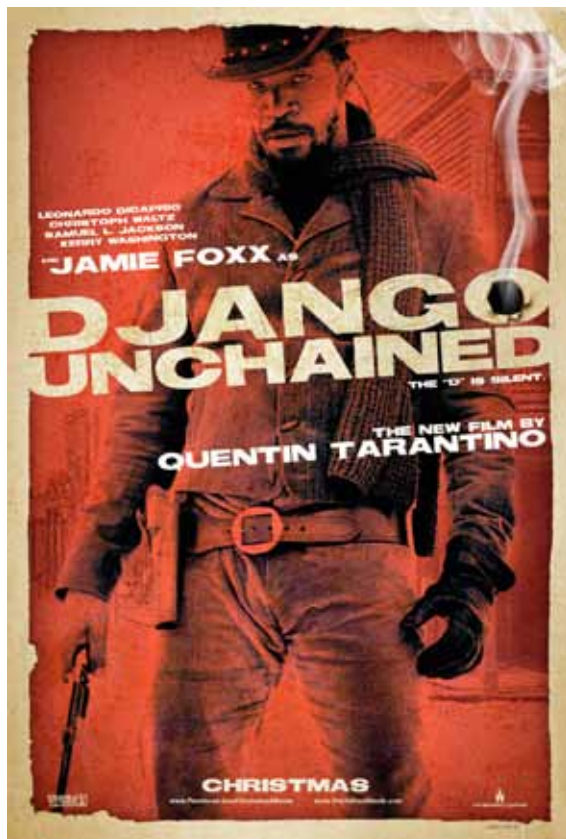
Tarantino nunca ha negado su pasión por la violencia, la violencia cinematográfica. Y su filmografía es un vasto catálogo de posibilidades y representaciones de la violencia como género cinematográfico. Los recursos han funcionado desde el tributo histórico hasta las variaciones que le han permitido conseguir en la sátira aportaciones más contundentes al género. Es decir, Tarantino goza de un culto a su estilo a partir de un oficio muy logrado, sin embargo, esta condición



en cierta medida mina los alcances reflexivos que él mismo ha buscado imponer a su obra. Con *Django*, la historia es otra, esto dicho en muchos sentidos. Primero, la posibilidad de dejar de un lado la barroca narrativa que hacía del *gag* su santuario. Segundo, la construcción de un polémico argumento que progresivamente va mostrando los alcances de una crítica desde la posibilidad de una linealidad perfectamente asumida en tiempo y forma. Lo que esto significa, o más bien, propone, es una referencialidad desde principios muy arcaicos de construcción cinematográfica, donde los diálogos y el montaje en secuencia construían una vista y un momento ideológicos. Sin duda hablo de *The Birth of a Nation* de D.W. Griffith quien, bajo la misma premisa racial, edificó los fundamentos técnicos del cine. Es aquí donde Tarantino encuentra el mejor de los homenajes históricos de su carrera y lo entronca con un tiempo histórico singular.

Estos son los tiempos de Barack Obama, el primer presidente negro y el primer presidente negro reelecto en un momento de profunda crisis económica y moral. Prácticamente, podemos decir que el trayecto de *Django* es la alegoría de toda una raza que hace 50 años debía aún respetar los lugares exclusivos para blancos. En esta dinámica casi esquizofrénica entre pasado inmediato y presente recalcitrante, donde la aparente conciliación racial aún debe convivir con un *Tea Party* y un obvio disgusto con el crecimiento exponencial de habitantes latinos en los Estados Unidos, una película como *Django unchained* no elabora preguntas, sino situaciones muy específicas que despiertan una evidente incomodidad para el espectador.

Tres me parecen que son los catalizadores para crear esta perfecta tormenta al interior de la película y al exterior de la sala. Antes que nada la perfecta confección de los personajes antagónicos, Calvin Candie



Django desencadenado

Dirección de Quentin Tarantino

Estados Unidos, 2012, 165 minutos



Fotogramas de *Django Unchained*.

(Leonardo DiCaprio), un comerciante de mandingos, y Stephen (Samuel L. Jackson), el mayordomo que hace referencia al Tío Tom, como el negro que ha aprendido a encontrar en su amo un hombre brillante y benevolente. Aunado a estos corrosivos personajes, se halla el uso del rap en las entrañas del *soundtrack* de la película, que justo por su simbólica intervención específica en la historia, logra desarrollar la tercera de las condiciones que hacen de esta “incomodidad” un fascinante momento. En el encuentro de secuencias que desarrollan la venganza de Django como una fúrica respuesta a una violencia que va desde las simbólicas cadenas que controlan el trabajo e impiden la libertad; pasando por la barbarie de dos hombres luchando a muerte para el entretenimiento de los blancos y la muerte de uno de aquellos devorado por perros; y culminando en el monólogo científico de Calvin que no tan sólo justifica la superioridad racial del blanco sino que funciona como base del contrato comercial entre razas. En esta progresión de secuencias, el hip hop regresa por completo al espectador con el presente y aquí sí despierta una duda, probablemente cultural, respecto al propio lugar violento del rap en la forma de orgullo e identidad afroamericana.

Entonces, fuera de la sala, es justo preguntarnos si la celebrada conciliación racial entre negros y blancos

norteamericanos a partir del simbolismo de un presidente afroamericano es una concesión por parte de los segundos o el triunfo de los otros. Y al interior de la película: ¿Es posible caracterizar qué tipo de negro es Barack Obama? ¿El negro de la casa que idolatra a su amo y odia a sus pares, ¿el mandingo? ¿Aquel que pelea a muerte contra sus hermanos para satisfacer el espectáculo de los blancos o acaso es el esclavo rebelde sediento de venganza? En estos tiempos, este tipo de reflexiones nunca parecen lo suficientemente exageradas.

Django unchained no tenía oportunidad de ser reconocida por la Academia como la mejor película del 2012. Michelle Obama debía entregar el premio a *Argo* y sólo a esta película, en un acto de diferentes lecturas simbólicas y sintomáticas. Son estos los tiempos de Barack Obama y de ningún manera su esposa y primera dama podría conceder un premio a una película de temática racial. Suficientemente racial era su presencia en los Oscar. La violencia de un acto como este, o digamos la incomodidad política y la intención de descontextualizar un premio y un personaje de este calibre, sólo puede ser administrado por un poder fáctico aún más perverso. Bien lo dice Django, no hemos vivido el tiempo suficiente en Estados Unidos como para contener las náuseas ante actos de semejante deshumanización. ■